

III. LA EDUCACIÓN PLACENTERA

Si de mí dependiese, haría como el filósofo que adornó su escuela con las imágenes de la Alegría y el Gozo, de Flora y las Gracias.- MONTAIGNE.

Ya viejo, reconocía Oliverio Wendell Holmes la deuda de gratitud contraída con su aya, que desde niño le había enseñado a no preocuparse de los incidentes desagradables. Cuando se lastimaba el pie, se desollaba la rodilla o se aplastaba las narices, no le consentía nunca su aya parar mientes en el daño recibido, sino que le llamaba la atención hacia un lindo objeto, le contaba un bonito cuento o le recordaba algún suceso agradable. Por ello aseguraba Wendell que a su aya le debía, en gran parte, el refulgor de una larga vida. Estas lecciones se aprenden fácilmente en la infancia, pero rara vez las recordamos en la virilidad y nunca en la vejez.

Dice otro autor:

Cuando en mi infancia me hacía un corte en el dedo, me consolaban mis padres diciéndome que peor hubiera sido cortarme el brazo, y cuando me entraba una chispa en el ojo, me decían que un primo mío se había quedado tuerto a causa de un accidente.

Y añade a este propósito John Lubbock:

Me parece que el mundo sería mejor y más hermoso, si nuestros maestros nos hablaran del deber de la felicidad, al mismo tiempo que de la felicidad del deber.

Preciso es enseñar al niño a combatir todos los enemigos de su felicidad, tales como el temor, el tedio, la ansiedad, los celos, la envidia y el egoísmo. Hemos de enseñarle que el hábito de alimentar pensamientos de odio, venganza y envidia transmuta rápidamente en repulsivo un carácter amable, y en agrio el dulce, porque no es posible mantener benévola disposición de ánimo, mientras acariciemos pensamientos malévolos.

Los maestros del porvenir conocerán la estructura cerebral con los medios de prevenir y remediar la debilidad, el prejuicio, la unilateración, las monomanías y las idiosincrasias, y sabrán neutralizar los enemigos de la felicidad y el éxito, convirtiendo en fuerza la flaqueza y salvando los obstáculos que hoy entorpecen tantas vidas.

Tengo entendido que el doctor Pablo Valentine ha fundado en Londres una escuela de felicidad, y ciertamente que nada tan necesario en este mundo como la educación de las gentes, y sobre todo de los jóvenes, en el arte de la felicidad, que todo ser humano debiera conocer. Pero ¡cuán horribles chapucerías hacemos en este arte!

Si la educación de los niños estuviese debidamente orientada, les fuera tan fácil ser felices como infelices ahora; porque lo mismo cuesta encaminar la mente de un niño hacia la felicidad, enseñarle a mirar el lado refulgente de la vida, que inclinarle hacia el lado sombrío y melancólico.

Tiempo llegará en que, desde la cuna al sepulcro, se fomenten en el hombre hábitos de felicidad, pues tan bien educada estará su mente, que la felicidad no le costará ni más ni menos que el aliento. Nadie diputará entonces la felicidad por algo insólito y extraño, sino como uno de los principales objetos de la vida, porque entraña todo nuestro individual bienestar. En lo por venir aprenderán los niños que su eficacia, su éxito, su longevidad, su influencia y poderío han de depender principalmente de su equilibrio mental.

Los futuros padres sabrán encauzar la voluntad de sus hijos mediante el robustecimiento de las facultades débiles y el desarrollo de las deficientes, de modo que de su armónica ponderación derive la felicidad, como el ajustado cronómetro señala la hora exacta. Nuestro primer deber con el niño es enseñarle a explayar su congénita alegría y natural gozo, con la misma libertad y abandono con que el canto de la alondra alegra la pradera. Reprimir la natural inclinación del niño al juego, equivale a sofocar sus facultades morales y mentales. El gozo acabará por huir del corazón del niño si continuamente lo reprimimos. No presumen las madres el daño que causan a sus hijos cuando sin cesar les amonestan para que no hagan esto o lo otro y les prohíben reír

o armar barullo, hasta convertirlos en hombrecitos y mujercitas con pérdida de su infantil ingenuidad. Por el contrario, los niños han de verse libres de ansiosos cuidados, reflexivos pensamientos y afectos subjetivos. Su vida debe ser luminosa, brillante, animosa, placentera, henchida de fulgor, gozo y alegría, y hemos de estimularlos a reír y jugar, de suerte que rebose de júbilo su corazón. Las graves preocupaciones de la vida sobrevendrán muy rápidamente, para que no procuremos prolongar todo lo posible la niñez. Por doquiera vemos rostros tristes y melancólicos, sin ningún indicio de alegría ni muestra alguna de gozo. La niñez triste es una de las principales causas de la vejez prematura. La juventud debe correr pareja con el tiempo, porque si no, se seca, envara y apergamina. Precisamente los zumos de la juventud, el júbilo y alegría transfundidos de la niñez a la virilidad, adulcigan la vejez.

Dice un insigne escritor que poco cabe esperar de la niñez sin regocijo, pues los árboles sin flor nunca dan fruto.

El juego es tan necesario al crecimiento del niño, como la luz solar al de la planta. La niñez sin yemas ni flores o con deficiente explaye de sus pétalos, dará frutos ásperos, desmedrados y desabridos. La necesidad del juego en la niñez está demostrada por la vigorosa inclinación al mismo que se advierte en toda vida joven, incluso las del reino animal. La niñez feliz es preparación indispensable de la feliz virilidad. La índole de la mente, las propensiones del ánimo, el carácter, en suma, queda definido en la niñez. Los hábitos tempranos de amabilidad y placidez influyen poderosamente en la madurez del hombre y en el ejercicio de su profesión.

El niño educado para la felicidad a quien se le permitió explayar libremente su júbilo, no manifestará tétricas disposiciones de ánimo. Muchas de las morbosidades mentales que vemos por doquiera, dimanaron de una niñez árida e inflexible.

La imperiosa inclinación del niño por el juego demuestra una honda necesidad natural, que si la dejamos insatisfecha abrirá un vacío en su vida.

Una niñez feliz, gozosa y radiante es para el hombre lo que el abundoso suelo y el refulgente sol para la planta. En condiciones desfavorables, el vástago se desmedra y empobrece, sin que más tarde sea posible remediar estos males en el árbol. O se le ha de poner en favorables condiciones al plantarlo, o no esperemos verlo jamás en ellas. Ahora o nunca. Lo mismo sucede con la planta humana. Una niñez empobrecida, opresa y desmedrada empequeñece al hombre. Un ambiente gozoso, feliz y placentero actualiza potencias y proporciona recursos y posibilidades que permanecen latentes en fría, pesada y sofocante atmósfera.

Doquiera vemos personas descontentas e infelices porque no se explayaron en la niñez; y al endurecerse la arcilla, no pudo acomodarse a un más dilatado ambiente. ¿Puede darse algo más lamentable en esta alegre y gloriosa tierra que el espectáculo de un niño tedioso, de semblante triste, un capullo humano marchito antes de romper su clausura?

Alguien tiene la culpa y es responsable de esta ruptura de promesas, de este desvanecimiento de esperanzas, de esta sofocación de posibilidades.

La infancia ha de estar radiantemente asoleada. Las nubes no sientan bien a la niñez. El gozo, la belleza, la exuberancia, el entusiasmo, la impetuosidad son su patrimonio. Un niño triste, aburrido, un niño sin niñez, es una desgracia para la civilización.

Dejad que los niños den esparcimiento a todo cuanto de gozoso y feliz haya en su naturaleza y seguramente fructificarán en hombres de temperamento valeroso, en vez de languidecer en pasivas y melancólicas naturalezas. La espontaneidad de las energías corporales es factor no desdeñable en la educación individual. Los niños a quienes se les estimule su inclinación al esparcimiento serán más valiosos hombres en la profesión que ejerzan, en el negocio a que se apliquen y en todas las modalidades de la vida. Tendrán mayor éxito y más eficaz influencia en el mundo que aquellos a quienes se les oprima.

Muchas gentes diputan por indecoroso el dar plena expansión a sus ansias de esparcimiento y se figuran que han de ser reflexivos, graves, circunspectos y severos para que les tengan por hombres de

peso y no por frívolos y casquivanos; y así vemos quienes van temerosos de risas, donaires y agudezas. ¡Oh! y cuán satisfactorio es el temprano cultivo de las delicadas cualidades del alma, para desenvolver los más puros sentimientos y vigorizar la potencia del juicio crítico. Quien tal educación reciba poetizará la más prosaica vida, iluminará el más tenebroso hogar y hallará gracia y belleza en el más repulsivo ambiente.

Casi no tienen límites las posibilidades de embellecer la vida y ennoblecer la individualidad por la educación de las más placenteras cualidades en la infancia.

Si enseñáramos a los niños la filosofía del júbilo, habría muchísimos menos desdichados, enfermos y criminales. Nos parece muy necesario ejercitar las facultades intelectuales, y desdeñamos por incompatible con lo que llamamos *práctica de la vida* el ejercicio de las facultades afectivas. Sin embargo, en la educación del niño no hay elemento tan necesario como la formación de hábitos joviales, pues la más conveniente preparación a la vida es el desenvolvimiento de las luminosas y placenteras cualidades para el bien y la alegría.